



EL SANTISIMO CRISTO DEL SALVADOR.



ROMANCE HISTÓRICO,

EN QUE SE REFIERE LA MILAGROSA VENIDA DE ESTA SAGRADA IMAGEN,
VENERADA EN VALENCIA EN LA IGLESIA DE SU ADVOCACION.

INTRODUCCION.

I

A tí, pueblo de Valencia,
 á tí, mi patria querida,
 la que desplegas al viento,
 que lijeramente riza,
 gloriosísimo estandarte
 que la fé en su lienzo pinta.
 A tí su canto el poeta
 entusiasmado dedica,
 pues las glorias de su patria
 cual glorias propias las mira.
 Tiende tu esplendente manto
 que entretejen á porfia
 las flores de tus vergeles
 y el laurel de tus conquistas.
 Alza la serena frente
 que sin cesar acarician
 leves auras, refrescadas
 por las marítimas brisas,
 que murmuran á tu oido
 con sonora melodía,
 cantos de glorias que pueblan

las frescas auras que aspiras.
 Deja que á sus ecos una
 los acordes de mi lira
 para contar una historia,
 verdadera maravilla
 de tus anales ¡oh patria!
 sublime historia, que indica
 que cariñoso el Eterno
 te protege y te cobija.
 Hoy á contar esta historia
 solo un deseo me anima,
 y es que la fé que en mí alienta
 en tu pueblo no se estinga,
 Dame ¡oh Reina de los cielos!
 inspiracion; fortifica
 la fé que mi pecho alienta
 y ayúdame, Madre mia.

II.

Signo de paz para el mundo,
 que padron de la ignominia
 fuiste hasta que Jesucristo
 á tí enclavado moria.
 ¡Arbol santo! pura fuente

de do manan cristalinas
 y transparentes las aguas
 de la gracia y la justicia:
 manantiales que en el cielo
 ven nacer sus claras linfas,
 y que el Redentor piadoso
 con abnegacion benigna
 hizo afluir á su cuerpo,
 convirtiéndole en piscina
 de do la gracia á raudales
 manase cual perlas líquidas.
 Ya nuestros primeros padres
 desde aquel funesto día
 en que cediendo al impulso
 del *ángel del mal*, comian
 el fruto que les vedara
 la Providencia Divina,
 la voz del Eterno oyendo
 que airada les perseguia,
 fueron á buscar asilo,
 segun la escritura indica,
 en el anchuroso hueco
 de un árbol. ¿Presentirian
 que del funesto pecado
 que en la miseria envolvia
 la paz de que disfrutaban
 en sus inocentes días,
 un árbol tambien el signo
 de la Redencion seria?
 ¡Árbol santo! que al alzarte
 Judea cruel é inicua
 sobre la cumbre del Gólgota,
 luz penetrante y vivísima
 difundiste por el mundo,
 que orgulloso oscurecia
 idólatra el paganismo
 con sus prácticas impías,
 con su soberbia impotente,
 con fabulosas mentiras.
 ¡Árbol santo! escelsa llave
 que cariñosa y solícita
 al encerrar el pecado
 en las mansiones sombrías
 de un abismo tenebroso,
 amante y caritativa
 á la humanidad las puertas
 del reino del cielo abrias.
 ¡Cruz bendita! cruz amada!
 que á la cristiandad cobijas,

enseñándola el camino
 que conduce á la otra vida,
 trocando en celestes flores
 las terrenales espinas.
 Deja que te cante el poeta,
 deja que arranque á su cítara
 los acentos melodiosos,
 las suaves armonías,
 que los espacios poblaran
 de dulces notas sentidas,
 si tú no fueras tan grande
 ni tan pequeña mi lira.

* * *

En los confines del Asia,
 dominio de Palestina,
 y en la pintoresca márgen
 de las costas de Fenicia
 está Beirut, que en los tiempos
 que la púrpura ceñian
 Tito y Vespasiano en Roma,
 bajo su yugo yacia.
 Esta colonia romana,
 rica poblacion marítima,
 se llamaba entonces Bérito,
 y allá en la elevada cima
 de una eminencia, cual banda
 de palomas adormidas
 sobre la esmeralda inmensa
 de la frondosa campiña,
 casas blancas cual la nieve
 por su recinto esparcia.
 A dicha ciudad marcharon
 los cristianos que salian
 de Jerusalem huyendo,
 al ver que la profecía
 se cumpliera exactamente
 cual predijo Jeremías.
 El año de setecientos
 sesenta y cinco seria,
 cuando un sucesor de aquellos
 cristianos, cual joya antigua
 del Salvador una imágen
 allí en Bérito tenia
 tallada por Nicodemus,
 cual la tradicion afirma.
 El hecho fué que pasando
 como herencia de familia,
 el año que antes menciono
 la sacra imágen poseia

allá en su casa de Bérigo
 el descendiente que indica
 en otro lugar mi pluma;
 cuando la gracia infinita
 del Omnipotente, acaso
 por providencia benigna,
 hizo que al mudar de casa
 el buen cristiano, por prisa
 ó por olvido, la imagen
 dejase en la casa antigua.
 Mudóse en ella un judío
 y dió en ella una comida,
 precisamente en la estancia
 en que la imagen divina
 pendiente estaba del muro.
 Alzó un huésped la vista,
 y reparando en el Cristo
 lleno de audacia sacrilega
 se desató en improperios
 contra la imagen bendita,
 y contra el amigo apóstata
 autor de una burla indigna.
 Dieron parte al Gran Pontífice;
 congregóse al otro día
 todo el sumo sacerdocio,
 que con crueldad inicua
 la santa efigie arrastraba
 con infernal alegría
 á la sinagoga, donde
 el rencor y la malicia
 del pueblo, que en torpe saña
 fuera verdugo y deicida,
 cruel repitió en la copia
 lo que hiciera en otros días
 para aumentar el martirio
 del Redentor, que moria
 víctima del pueblo incrédulo,
 por quien se ofreciera víctima.
 Otro Longinos tambien,
 pero Longinos con vista,
 cogió una lanza acerada,
 y por colmar la ignominia,
 á un costado de la imagen
 quiso inferir una herida.
 Entró el arma al fuerte empuje
 por las fibrosas costillas,
 y á borbotones la sangre
 manaba tibia y rojiza
 entremezclada con agua.

Aplicaron una hidria
 á los entreabiertos lábios
 de la renovada herida,
 y aquel celestial licor
 rebosó por las orillas.
 Mas no bastó este prodigio
 para extinguir la malicia
 de aquella incrédula turba;
 fué forzoso que á su vista
 se llevara un parálítico,
 y ver que mientras le ungian
 recobraba por completo
 la salud que vió perdida
 desde que vieran sus ojos.
 Divulgóse la noticia
 con la rapidéz del rayo,
 y vióse al punto invadida
 la judáica sinagoga
 por numerosas familias,
 que sus enfermos llevaban
 á la sangrienta piscina.
 Todo el pueblo alborotado
 calles y plazas corria,
 ansioso tras del portentoso
 que dá al moribundo vida,
 que al parálítico cura,
 que al ciego vuelve la vista,
 ¡Triunfo inmenso del Calvario
 contra la audaz heregía!
 Aquel pueblo rencoroso,
 que con saña torpe é inicua
 atormentara á la imagen,
 viene á caer de rodillas
 y hunde la frente en el polvo
 y avergonzado la mira.
 Pocos momentos despues,
 por los espacios las brisas
 repetian los acentos
 de las voces de alegría
 que los noveles cristianos
 lanzaban, mientras corrian
 en busca del santo Obispo
 que con caridad solícita,
 purificarles ansiaba
 en las bautismales pilas.
 Un suntuosísimo templo
 al poco tiempo erigian
 de San Salvador llamado,
 donde á rendirle acudia



el pueblo cultó á la imágen
de cabeza dolorida.
Cerca de quinientos años
permaneci6 en la capilla
el simulacro de B6rito;
pero quizá convenia
el que la ciudad tomada
fuera á la vez que destruida
por los moros fronterizos,
que cual avalancha nítida
rompian y destrozaban
cuanto alcanzaba su vista.
Al simulacro sagrado
de la suntuosa capilla
del Salvador, lo arrastraron,
llegando su alevosía
hasta mutilarle un brazo,
y con soberbia malicia
lanzarlo en el mar inmenso,
cuyas ondas cristalinas
al recibirle en su fondo
formaron nivea capilla
que las espumas ornaron
de mil matizadas chispas.
Permite, pueblo querido,
que cediendo á la fatiga
por un instante enmudezca
el son de mi ronca lira;
mas antes quiero advertirte
que todo cuanto consigna
es un hecho muy veraz,
es un hecho que lo afirma
el gran Concilio Niceno
que segundo le apellidan.
Consta en el martirologio
romano, lo ratifica
el breviario de Valencia,
y en fin, lo reza la misa,
y los Papas lo sancionan,
y los autores lo afirman.

SEGUNDA PARTE.

Llegada del Santisimo Cristo de B6rito.

INVOCACION.

I.

Dulce lira, á cuyo acento
consuelo encuentran mis penas;

dulce lira, amiga cara
que con tus blandas endechas
la ardiente sien acaricias
de este soñador poeta;
deja que mi mano arranque
de esas tus vibrantes cuerdas
los armoniosos sonidos
que á la par que el viento pueblan
hasta el trono del Altísimo
elevan cual flébil niebla,
el testimonio de amor
ardiente que le profesa
el coplero que le invoca,
el cristiano que le reza
y el hijo, que como á padre
amándole, le respeta.
Haz que lleguen á sus pies
no mis sentidas endechas,
sino de fé el testimonio
de quien en Él solo espera,
de quien todo se lo debe,
de quien sin Él es miserable.
Dile á ese Padre amoroso
que es el amor quien me alienta
para referir osado
los hechos de su grandeza;
¡el amor á mis hermanos!
á esos hijos de Valencia,
que de su ley los preceptos
han respetado y respetan.
¡Ojala puedan mis versos
impulsar con nueva fuerza
la devocion á la imágen
del Salvador que venera,
la que se mece entre flores,
la que entre glorias se asienta!
Resuena, lira querida,
oigan todos de tus cuerdas
al sonido melodioso,
que la fé vive en Valencia,
pues en sus hijos circula
con la sangre de sus venas.

II.

Era un dia muy nublado
del mil doscientos cincuenta;
pardas nubes se agrupaban
sobre la ciudad poética,
que cual argentada cinta
el manso Turia rodea.

Sus festivos habitantes
 á las habituales faenas
 se encontraban entregados,
 cuando las nubes espesas
 rasgando su hinchado seno,
 desde la elevada esfera
 agua á torrentes vertían
 con tal ímpetu y tal fuerza,
 que las calles, de aguas turbias
 arroyos potentes eran.
 Los habitantes pasmados
 consultaban con frecuencia
 á las desgajadas nubes,
 temiendo les sucediera,
 á continuar lloviendo,
 alguna desgracia. Cesa
 por fin la temida lluvia,
 mas pavoroso resuena
 sordo rumor que la gente
 de mil maneras comenta
 «¡El rio, el rio!» mil voces
 de pavor el aire pueblan.
 Y la gente desalada
 corre en busca de las puertas
 de Trinidad y Serranos,
 y muy pronto las almenas
 de la muralla y las torres
 la gente asalta, sedienta
 de presenciar la avenida
 que contra el puente se estrella,
 como si al paso arrollarlo
 cual leve tamo quisiera.
 ¿Visteis el reo que escucha
 de su muerte la sentencia
 (que el fallo de la justicia
 pronuncia quizá con pena),
 cadavérico el semblante,
 falto de espíritu y fuerzas?
 Pues ese aspecto ofrecía
 la humana mole que inmensa
 con incesante oleaje
 se agolpaba á las dos puertas,
 y cual si en las ondas leyese
 de su muerte la sentencia.
 En tanto la inundacion
 iba creciendo, revueltas
 en torbellino agitado
 sin encontrar resistencia
 puentes, presas y pretilos

que de barrera sirvieran
 para contener el ímpetu
 de aquellas ondas soberbias,
 de parte formaban del seno
 de las aguas turbulentas
 que á la ciudad amagaban
 con sus muros y sus puertas.
 Pero acrecia el espanto
 al ver que la mole inmensa
 del agua se detenía
 en su furiosa carrera
 cual si su paso atajara
 alguna elevada presa.
 Entonces vióse encrespase
 las ondas, que turbulentas
 de las ondas que venían
 el empuje recibían.
 La gente ni discurrir
 podía ya, la sorpresa
 y el mas tèmperoso espanto
 pintaba con líneas tétricas
 los asustados semblantes,
 en tanto que las soberbias
 ondas sin cesar subían
 unas á otras sobrepuestas
 cual coruscante columna
 que guarnecieran mil perlas.
 «¡Dios mio, somos perdidos!»
 gritan mil voces inquietas,
 y el llanto inunda los ojos
 y al cielo preces se elevan,
 y unos mirando á los cielos,
 y otros mirando á la tierra,
 todos el fin de sus dias
 con desaliento contemplan.
 Pero de repente al pasmo
 substituyó la sorpresa,
 al ver que del mar venía,
 contra la corriente recia
 de las turbulentas aguas,
 un bulto, que su carrera
 facilitaban las ondas,
 y que al mecerse sobre ellas
 atrás su curso volvían
 cual si ampararle quisieran.
 La gente que esto miraba,
 muda, anhelante, suspensa,
 niega á sus ojos el crédito
 cual si sus ojos no vieran.

Al terror sucede el pasmo,
 á la duda la evidencia.
 «¡Milagro!» potentes gritan
 los pechos que antes sintieran
 un desgarrador latido
 al ver la muerte de cerca.
 El iris de la esperanza
 ante sus ojos despliega
 los tesoros del amor
 que á la humanidad profesa
 nuestro Padre Celestial,
 y llenos de fé contemplan
 trocarse en solio de gloria
 la cristalina eminencia,
 que inmóvil sobre su base
 de movedizas arenas,
 á recibir dignamente
 el bulto informe se apresta.
 ¿Qué fué el grito de alegría
 que de fé lanzara ébria
 la muchedumbre apiñada
 sobre las torres y almenas?
 Fué que vieron una cruz,
 y alumbrada por dos velas,
 del Redentor una imagen
 de dolorida cabeza,
 que con un brazo de menos
 iba enclavada sobre ellas.
 Imágen que silenciosas
 las aguas que turbulentas
 poco antes amagaran
 las vidas y las haciendas,
 depositaron en lo alto
 de la líquida eminencia,
 formando del albo seno
 de las espumosas crestas
 divino trono de plata,
 que primoroso esculpieran
 mil cristalinos relieves,
 mil brillantadas perlas.
 Allí su pausada marcha
 la imágen detuvo. Apenas
 tocó la brillante cumbre
 de la encrespada eminencia,
 las aguas ya descendían,
 y al emprender su carrera,
 con movimiento pausado
 rizaban sus níveas crestas
 cual si para honrar la imágen

engalanarse quisieran.
 «¡Barcas!» gritaban las gentes
 al ir las gentes por ellas.
 Cuando las barcas llegaron,
 ya infinidad de cabezas
 alrededor ondeaban
 de la imágen, cual ondean
 las mieses que el viento agita
 y que en mares de oro trueca,
 cuyos rumores simula
 al deslizarse sobre ellas.
 Fervientes manos empujan
 á la vecina ribera
 la imágen milagrosísima,
 y la gloria que obtuvieran
 de sustentarla las aguas;
 á esta gloria aspira trémula
 la muchedumbre que en torno
 de la imágen se replega.
 De todos cuantos al agua
 se arrojaran, cuando vieran
 que era la imágen de Cristo
 lo que las ondas soberbias
 á porfía acariciaban
 ni uno pereció. ¿Podiera
 perecer aquel que fia
 en la divina clemencia
 al arrojarse en las aguas
 que al Santo Cristo sustentan?
 En tanto las suaves brisas
 la voz del milagro encierran
 en sus perfumados senos,
 y al esparcir por Valencia
 sus aromosos vapores
 esparcen también la nueva
 D. Fray Andrés de Albalat,
 que entonces Obispo era
 de la Diócesis, reúne
 al clero y á la grandeza
 y á los brazos militar
 y civil, y ansiosos llegan
 á presenciar del milagro
 la ineludible evidencia.
 La gente ansiosa corria
 por las calles y plazuelas
 lleno de gozo el semblante,
 porque admirada contempla
 que juzgara día de luto
 el que lo fuera de fiesta.

Todos los brazos reunidos
 en comunidad, acuerdan
 que el Santo Cristo se deje,
 por ser la de mas decencia,
 en la casa que del Cid
 morada suntuosa fuera.
 De esta casa lo pasaron
 con gran pompa y reverencia
 á la Catedral, y luego
 dispusieron grandes fiestas
 para honrar la sacra imágen
 que por milagro viniera.
 En el altar de la Espina
 lo colocaron. La verja
 que la capilla cercaba
 cerraron, cual si temieran
 que tan preciado tesoro
 ser estraído pudiera.
 Ya para el siguiente dia
 la gente gozosa arregla
 cada cual segun alcanza
 su demostracion de fiesta.
 Y unos sus casas adornan,
 y otros los balcones cuelgan,
 y todos cuando se estiende
 el manto oscuro que pueblan,
 y trémulas abrillantan
 innumerables estrellas,
 todos á porfía inundan
 de lucecillas inquietas
 las ventanas y balcones
 y los patios y azoteas.
 Y al espacio las campanas
 de sus metálicas lenguas
 lanzan vibrador sonido,
 y vivas el viento pueblan
 de gentes que por las calles
 apiñadas hormigüean.
 Aun no disipa la aurora
 las sombras que las tinieblas
 tiñen de negro el azul
 de la circular esfera,
 y ya la gente se agolpa
 sobre las góticas puertas
 que el tesoro de la víspera
 bajo sus llaves encierran.
 Todos ver de nuevo ansian
 la faz dolorosa y tierna
 de aquella imágen sagrada

que por el Turia viniera;
 y como el deseo es grande,
 es muy grande la impaciencia
 conque el pueblo ansioso aguarda
 ver abrirse aquellas puertas.
 Mas por fin las puertas se abren,
 y la muchedumbre inquieta
 se lanza en pos del deseo
 y se estruja y se codea,
 que el primero cada cual
 quiere ser que á verlo llega.
 ¿Veis cual ondula flexible
 el cuerpo de la culebra
 que hasta la cola se mueve
 en moviendo la cabeza?
 así onduló aquella masa
 de humana carne, que dueña
 no es de sus pies, pues hay veces
 que no le alcanzan á tierra.
 ¡Ay! que al llegar los primeros
 con desaliento contemplan
 la capilla de la Espina
 del rico tesoro huérfana,
 y un movimiento instintivo
 impulsa hácia atrás sus piernas,
 y ese movimiento alcanza
 hasta fuera de la iglesia...
 «¡Nos lo han robado!» es la frase
 que el terror en torno siembra;
 mas el candado está intacto
 é intacta encuentran la verja.
 «¡Ya no está!» es la exclamacion
 que de boca en boca vuela;
 exclamacion que los rostros
 siembra de líquidas perlas,
 rocío de aquella aurora
 que al asomar la cabeza
 vé llanto y desolacion
 cual el dia anterior viera.
 ¡Ay! que en luto se ha trocado
 lo que se creyera fiesta,
 y á la milagrosa imágen
 llora perdida Valencia.
 «¡Al Salvador!» una voz
 dice sin que nadie sepa
 de donde salió. Y al punto
 en frenética carrera
 la gente se precipita
 al Salvador, cuya puerta

parece vaya á estallar
 bajo la presion inmensa
 de aquel mar de carne humana
 que la capilla, sedienta
 asalta por ver el Cristo,
 joya que perder creyera,
 y que de nuevo sus ojos
 con entusiasmo contemplan.
 «¡En la capilla está el Cristo!»
 corre la voz por Valencia;
 y el pueblo entero se agolpa
 á las calles que rodean
 la silenciosa capilla,
 que constantemente llena
 la multitud fervorosa,
 y de mil modos comentan
 la aparicion de la imágen
 en la capilla modesta.
 Nuevamente se dispone
 que el Cristo llevado sea
 á la Catedral de nuevo
 la imágen el templo deja,
 y en el Salvador lo buscan,
 y en el Salvador lo encuentran.
 Hace seiscientos veinte años
 que la piadosa Valencia
 culto le rinde á esta imágen
 en el templo que eligiera,
 y milagrosos favores
 emanados de ella cuenta.
 Imágen que privilegios
 los Papas le concedieran,
 imágen que muchos siglos
 celebrará anuales fiestas
 que le dedican humildes
 las coronadas cabezas.
 Imágen que á cuestras sube
 Fray Tomás de Villanueva
 al renovar la capilla
 por empinada escalera.
 Imágen pia que libra
 de muerte horrorosa y cierta
 al hundirse con estrépito
 un tablado de madera,
 á infinidad de personas

que en su centenaria fiesta
 ni la mas leve lesion
 al caer experimentan.
 Y en fin bondadosa imágen
 que en la caída que diera
 el dorador José Andrés
 hace dos años apenas
 le protegió milagrosa;
 pues desde la altura inmensa
 en que trabajando estaba,
 vino á caer de cabeza
 contra un banco que rompió
 cual si fuese blanda cera,
 alzándose por su pié
 sin que en su cuerpo se vea
 ni la contusion mas leve,
 ni la herida mas lijera.

Esta es ¡oh pueblo! la historia
 de esa imágen que á Valencia
 tiende sus rígidos brazos
 y sus manos entreabiertas.
 Valencia le dá sus brisas
 á las que aromas les prestan
 las flores de sus vergeles,
 y con las cuales orea
 la doliente faz del Cristo
 que ellas cariñosas besan.
 Dale pueblo cual las brisas
 la mas esquisita esencia
 de esa fé que al corazon
 balsámico aroma presta.
 Haz que su faz acaricien
 tus plegarias, que lijeras
 se elevarán cual perfumes,
 como tributo que prestas
 al Salvador que su vida
 por redimirnos perdiera,
 al Redentor que del cielo
 nos abrió las igneas puertas,
 y en fin al Dios cariñoso
 que milagrosa nos diera
 esta imágen que protege
 nuestra querida Valencia.

LISARDO.

